

Un extraño rusófilo.

4-58

1

("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 28 octubre 1914).

UN EXTRAÑO RUSOFILO

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, septiembre de 1914.

En derredor de una mesilla situada en el fondo de un café público, en sitio apartado y recogido, reuníanse todas las tardes una docena de amigos a comentar los sucesos de actualidad. Y ahora hablaban... ¿de qué iban a hablar sino de la guerra?

Son buenos amigos y hombres sencillos y veraces, exentos de toda pandería. Ninguno de ellos presume saber más que sabe ni estar bien enterado de cosas que conoce mal. Todos ellos confiesan proceder con sus juicios más por apasionados sentimientos que por un estudio imparcial y frío de la realidad. Y así, en las simpatías que respectivamente manifiestan en favor de Francia, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Rusia o Italia, o en las antipatías contra cada una de estas naciones o contra Austria, ninguno de ellos presume dejarse guiar por un conocimiento profundo de esos países. Al menos son sinceros.

El lector puede fácilmente suponer lo que cada uno de esos contertulios, ha de decir para explicar a los demás y explicarse a sí mismo su propio punto de vista sentimental en el asunto. Sus argumentos, si lo son, no pasan de ser los que andan corriendo por todos los periódicos y todas las tertulias.

El más entusiasta de Francia es un artista y dice en alabanza de ella lo que todos estamos harto de oír. Le apoya un radical, pero tampoco falta un casi ultramontano que encuentra razones en favor de la conveniencia del triunfo francés. Sale a relucir de un lado la Gran Revolución y de otro la católica Francia y la obra de la «acción francesa». Se habla de la generosidad de ese pueblo y de la íntima obra napoleónica. Hay quien, aludiendo a nuestros afrancesados de fines del XVIII y principios del XIX, recuerda cómo la invasión napoleónica en España, aunque fué rechazada en defensa de nuestra independencia nacional, nos rompió ciertas barreras espirituales y preparó el movimiento liberal en nuestra patria. Y se habla del arte y de la literatura franceses y de la gran «Ville Lumière».

Tampoco hay que insistir en lo que contra Francia y los franceses se dice. Nos lo sabemos todos de memoria. Como sabemos lo que allí, en aquella apartada reunión, dice un médico que ha estudiado en Alemania, en elogio y defensa de ésta. Lo de todos, lo de la ciencia y la técnica y el orden y la disciplina y el patriotismo y la fe ciega en la victoria. A lo que le replican los otros si esa fe no será ignorancia cultivada por las clases directoras militares.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

Pero el más entusiasta lo es el de Inglaterra. Se deshace en alabanzas a esa nación, que llama la verdadera cuna de la libertad y asegura es el baluarte que la garantiza en el mundo. Repite lo de que el pueblo inglés es «over-civilized», sobre-civilizado. Y le retrucan con todos los conocidos tópicos respecto a la pérdida Albión. Y él vuelve a retrucar.

Hay también el italoófilo, que defiende a Maquiavelo y sostiene que la mejor parte, es decir, el que debe llevarse lo más posible con el menor riesgo es el más listo, no el más arrojado ni el que tenga más razón. Y a la vez defiende lo que él llama el noble civismo como opuesto a la vergonzosa hipocresía. Y habla de la obra gloriosa de la unidad italiana, de Cavour, de otros muchos tópicos en alabanza del pueblo italiano, tan ágil en inteligencia, tan consciente de su gloriosa misión histórica.

No faltan allí tampoco lamentaciones por la suerte que ha corrido la industriosa Bélgica y hasta augurios de más brillantes días para ella.

A todo lo cual uno de los contertulios permanecía obstinadamente callado. Hasta que alguno le interpelló diciéndole:

—Y tú, el taciturno, el eterno descontento, el triste, ¿qué dices?

—Yo no debo decir nada—contestó el interpellado;—yo debo, como casi siempre, oír y callar. Es mi papel.

—¡Que hable, que hable!—exclamaron todos a coro.

Y entonces ocurrió con él lo que con el Pero Bermuez del viejo Poema del Cid, aquel a quien éste, el Cid, le llamaba «Pero Mudo, varón que tanto callas», y es que cuando rompía a hablar hacíalo con ímpetu y con eficacia. Y así el taciturno de nuestra tertulia rompió a hablar diciendo:

—Pues bien, mis simpatías están de parte de Rusia.

—¿De Rusia?—volvieron todos a exclamar a coro.

Y la extrañeza era natural. Porque aquí se encuentra francófilos, anglófilos, germanófilos y muchos más francófilos, anglófilos, germanófilos y austrófilos—¡qué feas son todas estas palabrotas!—pero entusiastas de Rusia, apenas uno.

—Pues sí—dijo el taciturno,—mis simpatías están de parte de Rusia. Pero entendámonos bien; de una Rusia que yo me he forjado en mi imaginación y en mi sentimiento y que no sé hasta qué punto distará de la verdadera Rusia. Porque yo no puedo decir que conozca a Rusia. La conozco menos, mucho menos, que vosotros a Francia, Alemania, Inglaterra, Austria o Bélgica, ¡y ya es poco conocer! No he estado jamás en Rusia ni cerca de ella, porque jamás he salido de mi patria; no sé ruso ni nada que se le parezca; no he tropezado nunca con ningún ruso ni aun con nadie que por Rusia haya viajado. Todo lo que de Rusia, de mi Rusia, sé es lo que por algunos libros, sobre todo uno inglés, de Mackenzie Wallace, ya algo antiguo, y por algunos artículos de revis-



tas y de diarios he podido colegir y sobre todo por las obras literarias rusas—¡naturalmente, traducidas! — he adquirido. Mi visión de Rusia, de mi Rusia, procede de haber leído obras literarias de rusos, sobre todo de Gogol, Turguenef, Tolstoi, Gorki y en especial de Dostoyusqui. Dostoyusqui es, debo confesarlo, mi principal fuente respecto a Rusia. Mi Rusia es la Rusia de Dostoyusqui, y si la Rusia real y verdadera de hoy no es esa, todo lo que voy a decir carecerá de valor de aplicación real, pero no de otro valor. Yo hago votos por el triunfo de la filosofía, es decir, de la concepción y el sentimiento que de la vida y del mundo tenía Dostoyusqui.

—¡Qué horror!—exclamaron a una los tres más decididos campeones de Francia, de Inglaterra y de Alemania.

—¡Exacto!—contestó sin inmutarse el extraño rusófilo—exacto. ¡Qué horror! Porque es el horror, el íntimo horror, lo que invoco que venga sobre nosotros. O si queréis el nihilismo, el doloroso culto a la nada. Dicen algunos que el pueblo ruso no es exactamente un pueblo europeo, que tiene mucho de asiático, acaso de tártaro. Si así es, bienvenido sea a deseuropeizarlos, ahora que japoneses, chinos e hindúes empiezan a europeizarse. Dicen que el pueblo ruso es un pueblo de pobres «mujics» miserables y resignados, acaso entregados al alcohol, meditando en la muerte. Dicen que es un país de pobres, de mendigos, de vagabundos, y estoy harto de los pueblos de ricos. Estoy harto de la pedantería del arte y de la elegancia y de la comodidad y del bienestar, de la pedantería del deporte y de la caballería y de la flema y de las libertades públicas, harto de la pedantería de la ciencia y de la disciplina y del orden, y ansío que llegue la pedantería del dolor y de la desesperación más o menos resignada y de la desilusión. Estoy aguardando el reinado del Ecclesiastés, el único que acabará con las guerras para sumirnos en una tragedia más íntima, pero no cruenta. Necesitamos la sangre para llorarla o para quemarla, con el dolor en el corazón y así purificarnos de la existencia.

—Pero tú olvidas—le interrumpió uno de los contertulios,—que las notas más desgarradoras de desilusión, de desesperanza, de pesimismo, proceden acaso de los pueblos contra que protestas. ¿No eran franceses Pascal y Senancour? ¿no fué inglés James Thomson, el autor de «La ciudad de la noche terrible»? ¿no fué italiano Leopardi? ¿no fueron alemanes Schopenhauer y Hartmann? ¿no fué portugués Antero de Quental?

—Portugués, sí,—exclamó el rusófilo,—europeo, tal como yo lo entiendo, no! Tenía también algo de oriental.





No en vano los portugueses al conquistar parte de la India fueron acaso conquistados por ella. ¡Y en cuanto a esos otros que has citado, y otros muchos análogos que te podría yo citar,—los conozco bien!—fueron excepciones en sus respectivos pueblos y se pronunciaron como lo hicieron por oposición al ambiente. Excepto acaso los dos alemanes que citaste: Schopenhauer y Hartmann. Porque el pesimismo frío, técnico, insincero, metódico, de estos dos, no pasa de ser una posición puramente intelectual, una mentira. El pesimismo del viejo prusiano no convence a nadie, no puede convencer a nadie; no es sino una postura frente a Leibnitz y frente a Hegel. Aquél dijo que este mundo era el mejor de los mundos posibles, y Schopenhauer contestó que era el peor de todos ellos. Y lo mismo da decir una que otra cosa, pues si este mundo es el único posible,—por lo menos es el único que conocemos—es indiferente decir que sea el peor como el mejor. Y el ridículo viejo prusiano, no contento con esa y otras tonterías se propuso determinar cuantitativamente a la prusiana, como por máquina o por estadística, la maldad del mundo, sosteniendo que la suma de los males sobrepuja en él a la suma de los bienes.

Como si se fuese a pesar patatas o a contar soldados. Pura bambolla y pura hipocresía! Como era pura hipocresía todo lo que del suicidio cósmico escribió aquel pobre viejo que huía aterrado de la peste. Si el pobre diablo hubiera comprendido y sentido el tedio de la vida, el terrible tedio que tan hondamente sintieron otros de los que has citado, no se habría entretenido en evaluaciones cuantitativas del dolor. No se trata de saber si el placer de un lobo que se come a una oveja es mayor o menor que el dolor de la oveja comida; lo que se trata de saber es cómo se curará, si fuere curable, el tedio del lobo que después de harto de ovejas siente que la vida no vale la pena de devorarlas. No se trata de saber si la satisfacción que el triunfo produce en un pueblo que lucha o cree luchar por la cultura, por su cultura, es mayor o menor que el pesar que la derrota produzca en el pueblo que luchando por su cultura fué vencido; lo que se trata de saber es si una y otra cultura merecen el triunfo o la derrota.

Ya sé, ya sé lo que me diréis—prosiguió el rusófilo. Ya sé lo que me diréis que luchando y viviendo y obrando es cómo se mata al tedio, ya sé que me repiteréis el verso de Carducci:

meglio oprando obliar, senza indagarlo
questo enorme mister dell'universo!

Mejor es obrando olvidar, sin indagarlo, este enorme misterio del universo. Ya sé que me diréis todo eso, pero... qué le vamos a hacer! Es la mía





una posición sentimental, puramente sentimental y así he empezado por declararlo. Y contra el sentimiento sirven de muy poco o de nada las razones.

Estoy harto de Europa, os lo he dicho. de esto que llaman ahora por antonomasia Europa, no de la entidad geográfica y social precisamente, estoy harto del delirio de la vida, de la obsesión de la vida, de la preocupación de enriquecerse y de la de hacerse culto e instruido también...

—Quieres acaso convertir al mundo en una Cartuja?—le interrumpió uno de los contertulios.

—Yo no sé bien lo que quiere—respondió nuestro extraño rusófilo—ni sé siquiera si es que quiero algo. Sé algo, mejor lo que no quiero, porque la mía más que voluntad es «voluntad» y antes de afirmar y afirmarse niega y se niega. Yo no sé lo que quiero, repito, ni sé si quiero algo, pero sé que la actual guerra con su cortejo de salvajismos y sus explosiones de odios ha remeado el peso de mi alma y me ha levantado a flor de ella todas las amargas y fangosas heces que allí yacían. Y nunca he sentido más toda la hondura de la verdadera fórmula del pesimismo, no la del pedantesco viejo prusiano, sino la del verdadero, el del Eclesiastes, la terrible fórmula de: vanidad de vanidades y todo vanidad!

Las cosas que os he estado oyendo estos días en silencio, las resobadísimas y amenas vaciedades que en pro y en contra de los más grandes y según se dice, más cultos pueblos de Europa, habéis enfilgado por turno, me han hecho sonreír tristemente por dentro, y como no podía ya contenerme tenía yo que expresar mi sentimiento y lo he expresado apoyándolo en una Rusia, la Rusia de Dostoyusqui, la de su "Espíritu subterráneo", la de su "Idiota", la de su "Raskolnikow", que no sé si es la Rusia de hoy, la que parece que va venciendo, la de la Duma, ni me importa que no sea ella. Me dicen que Rusia cambia, que Alemania estaba llena de estudiantes rusos y que éstos han aprendido mucho de la docta Alemania; que la vieja y santa Rusia ortodoxa, que aun siéndolo pululaba de extrañas sectas místicas, va cambiando, lo mismo que dicen ha cambiado el Japón y cambia la venerable India brahmánica y budista. No lo sé. No sé si tendré que refugiar geográficamente mis ensueños en el Tibet, en la santa ciudad de Lasa, junto al gran Lama—de todo lo cual sé mucho menos que de Rusia, con saber tan poco de ésta—o si tendré que suspirar por una Edad media también fantástica. Mientras lleve la Cartuja dentro me importa muy poco tener que vivir en el mundo y como el mundo.

Acabó de hablar y otro, que también había callado mucho tiempo, tomando la palabra, dijo:

—Soy yo quien va a contestar a cuanto nuestro extraño y sincero rusófilo nos ha dicho. Y no voy a contes-





tarle desde ningún supuesto punto de vista francés, inglés, alemán o italiano, ¡no! voy a contestarle y a rebatirle desde mi punto de vista español. Todos declaramos aquí no conocer demasiado bien ninguno de los grandes pueblos europeos que actualmente luchan—sea lo que fuere aquello por que luchan—y nuestro amigo el extraño rufián confiesa conocer Rusia peor que los demás conocemos esos otros pueblos. Pues bien: yo declaro—y podéis tomármelo a inmodestia—creer conocer más que algo ésta mi patria, España, y desde el punto no ya de vista, sino de sentimiento español, desde el que quiero contestar a nuestro nihilista.

Pero lo que este español españolizante dijo merece capítulo aparte.

MIGUEL DE UNAMUNO.

... y así en las situaciones que
... en el punto de vista español.
... y así en las situaciones que
... en el punto de vista español.

El señor...
... y así en las situaciones que
... en el punto de vista español.

El más...
... y así en las situaciones que
... en el punto de vista español.

También...
... y así en las situaciones que
... en el punto de vista español.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES